

Colección Ariel

AÑO XI — VOL. II

SUMARIO

- PETER ALTENBERG*.... De diecisiete a treinta
JOAQUIN MONTANER.... El viajero
HUGO D. BARBAGELATA Influencia de las ideas francesas en la Revolución de Hispano-América.
OSCAR LINARES..... La perfecta alegría.
FEDERICO UHRBACH.... Símbolo de agonías
ALBERTO NIN FRIAS.... El culto de la madre
MANUEL MARIA MUÑOZ.. Del mercado bíblico
LEOPOLDO LUGONES ... Un buen queso
RAMON PEREZ DE AYALA La self reliance

REPERTORIO BIBLIOGRÁFICO

Cuaderno 85

San José, Costa Rica, Setiembre 1.º de 1916

Imprenta Greñas

COLECCION ARIEL

De diecisiete a treinta

Trad. de Manuel Díaz Rodríguez

Entré una vez casa del primer peluquero de la ciudad.

Olía a Agua de Colonia, a servilletas recién lavadas y a suave humo de cigarrillos. . . . Sultán flor, cigarrillos de las Princesas egipcias.

Ocupaba la Caja una muchacha muy joven, de sedosos y rubios cabellos.

“¡Ah!” pensé “un Conde te seducirá, ¡oh, encantadora!” Ella me vió con una mirada que decía: Quienquiera que tú seas, uno entre miles, yo te digo que la Vida está delante de mí, la Vida! ¿No lo sabes?

Yo lo sabía.

“¡Ah!” pensé “bien podrá ser un Príncipe”.

Se casó con un mozo de café que murió al año.

Tenia formas de gacela. Seda y terciopelo no realzaban su belleza. . . . y probablemente era más bella desnuda.

El mozo de café murió.

La encontré por la calle con un niño. Y me miró con una mirada que decía: A pesar de todo, tengo la vida delante de mí, la Vida. . . . ¿No lo sabes?

Yo lo sabía.

Un amigo mío tenía el tifus. Era un compañero de juventud, rico, y habitaba la villa del Lago.

Cuando le visité una joven dama de sedosos y rubios cabellos, preparaba las sábanas frías. Sus tiernas manos estaban completamente agrietadas por el hielo. Me miró. ¡Esto es la vida! ¡Le amo! ¡porque eso, eso es la Vida!

Al estar bueno y sano él abandonó la dama a otro joven rico.

Se separó de ella fácilmente, muy fácilmente.

Eso pasaba en estío.

Más tarde lo sorprendió a él la nostalgia. . . . en otoño.

Ella lo había cuidado, había fundido en él su dulce cuerpo de gacela.

Le escribió: ¡Vente!

Una tarde, en octubre, la vi entrar con él en el salón encantado en donde resplandecen ocho columnas de mármol rojo.

La saludé.

Ella me miró: *La Vida está detrás de mí, la Vida! ¿No lo sabes?*

Yo lo sabía.

Volví casa del primer peluquero de la ciudad.

Aún olía a Agua de Colonia, a servilletas recién lavadas y a suave humo de cigarrillos. . . . Sultán flor, cigarrillos de las Princesas.

En la Caja se hallaba sentada otra muchacha de crespos cabellos brunos.

Y ella me miró con la gran mirada triunfal de la juventud—profetis Divae Augustae Victrici—: Quienquiera que tú seas, uno entre miles, yo te digo que la vida se extiende delante de mí, la Vida? ¿Sabes lo que es eso?

Yo lo sabía.

“¡A!” pensé “un Conde te seducirá. . . . bien podrá ser un Príncipe”

PETER ALTENBERG.

(La Revista. Caracas.)

El viajero

DOS “tipos” de viajeros conozco esencialmente distintos: Dante y Ulises. Tienen de común el “viajar” pero se diferencian en el por qué del viaje. En Ulises el viaje fué motivado por la fatalidad. Expatrióse por deber, y a su retorno los dioses le entorpecieron el camino, dejándole ver tierras y hombres. Y Ulises no se expatrió nunca porque su patria estaba dentro de él.

Dante, sí. Dante no amaba a su tierra, y cuando se quiso alejar de ella se separó para siempre de sus moradas, de sus colinas y de sus árboles. Su tierra era otra distinta de la que hollaban sus pies, y el airecillo que respiraba otro airecillo diferente. Paseaba por las calles sin verlas, olía los olores sin olerlos, y no pisaba lo que quería pisar. Llevaba dentro de sí otra patria de sueño, y se naturalizó en sus dominios fantásticos a fuerza de meditación y de silencio. Es decir, Ulises y Dante viajaron de opuesta manera, pero

los dos fueron curiosos. Aunque también se diferenciaron en la curiosidad, porque la curiosidad de Ulises era' motivada por un sentimiento de nostalgia, de añoranza, y la del poeta florentino por una preocupación retórica.

De los dos viajeros tiene algo D. Miguel de Unamuno. Quisiera llamarle "nuestro D. Miguel", pero no puedo, porque D. Miguel no es nuestro. Ni de Vasconia ni de Cataluña, ni de Castilla, ni de nadie. Unamuno es de él, y precisamente por ser tan de sí mismo viaja. No sé la curiosidad, la razón de existencia de los grandes viajeros. Es algo más propio y menos de los demás que la curiosidad. En los viajeros de la casta de Ulises, que viajan sin querer viajar, la razón no existe porque la causa de los viajes es generalmente la fatalidad, el sino. En los del linaje de Dante, en cambio, la razón es más explicable e idéntica: viajan por voluntad de encontrar fuera de ellos el aire, el sol y la tierra que llevan dentro de sí.

Unamuno tiene más de esta manera de viajero de Dante, que de la de Ulises. Pero no se expatria ni puede expatriarse nunca porque donde quiera que vaya se descubre más a sí mismo. Hasta que se

descubra del todo y acabe por viajar eternamente desde su pedazo de tierra.

Ulises fué viajero en unos años de su existencia tan sólo: en los que duraron sus trabajos. Luego, en su reino, en su casa, volvió a la tranquilidad de su vida de buen rey, y como su conciencia no le acusaba de deslealtad ni de impureza, finó sin grandes remordimientos, iluminados sus ojos viejísimos con la claridad del recuerdo de sus heroicas hazañas. Todo esto, porque murió en su tierra, y él había besado su tierra.

Pero Unamuno, pasa de largo por la tierra. Le tuesta el sol y le endurece la piel el aire. Pero no mira con sus ojos materiales. Dentro de ellos vigila constantemente el espíritu, y la fortaleza del espíritu le deforma las imágenes y le trastoca todo, y constantemente se pelean sus sentidos con el mundo exterior, venciendo siempre sus sentidos, que están gobernados por un Señor, y no por un ama de llaves.

Ninguno de los españoles ha llegado a abarcar tanto, ni ha penetrado en tantas reconditeces como D. Miguel de Unamuno. Todo le ha sido materia apropiable, y en todo ha sabido encontrar un matiz o un

descoyuntamiento. Pero esto ha sido y es engañarse a sí mismo. En el fondo de todo, a mi entender, no existe más que una duda terrible, que un misterio. Y al traves de sus obras, ahondando un poco, se descubre siempre esta vena corriente en toda su intensidad, siempre impetuosa. Unas veces se esconde como el río Guadiana y parece que se pierde; pero más allá sale de nuevo con más brío y con más empuje. Y, o ella ha de acabar con don Miguel o D. Miguel ha de acabarla a ella.

Esta manera de viajar de D. Miguel para descubrirse cada vez más a sí propio, se ve mejor que en su prosa en sus versos. Ahí duerme su famoso "Cristo de Velázquez". Yo no sé por qué llama a su Cristo "El Cristo de Velázquez". ¿Acaso es "su" Cristo ese Cristo, ni otro de nadie? Leyendo esta obra estupenda se adivina el esfuerzo de creación, el hermetismo de este viajero. De un Cristo, de muchos Cristos que ha mirado D. Miguel con sus ojos, ha tomado el arranque para crear el suyo. Y se vé cómo va dándole vueltas, amasándolo casi, como si fuese una bola de arcilla que tomase contornos de hombre; como si el escultor pugnase

por meterle un espíritu dentro de la masa. Yo creo que si un día o una noche D. Miguel, torneando su figura de Cristo, viese que se animaba el brazo y se articulaban sus miembros y la pasta se hacía carne, y se movían los ojos y tomaba calor de vida su cuerpo, yo creo firmemente, que D. Miguel no se asustaría. Le parecería este portentoso milagro la cosa más natural del mundo. ¿Para qué, si no, había viajado con él, y dormido con él, y le había dado su misma vida?

Y este trabajo gigantesco, sólo por temor, por un temor de negrura, de oscuridad, por apego a la tierra. Por esto el viajero busca su negrura y dice que la ama. Pero la ama porque teme hallarla para siempre y cree que vale mucho más acostumbrarse a ella poco a poco. ¡Si él adivinase con alguna razón un poco de luz, un rayo de claridad!... Entonces no viajaría más D. Miguel de Unamuno. Los últimos años de Ulises serían sus últimos años...

JOAQUIN MONTANER

(*España. Madrid.*)

INFLUENCIA DE LAS IDEAS FRANCESAS

En la Revolución de Hispano-América

Es ya por demás sabido que las teorías de los filósofos franceses del siglo XVIII, así como los principios divulgados a sangre y fuego por los hombres de su Revolución, ejercieron no poca influencia sobre el grupo de intelectuales de cada uno de los pueblos de Hispanoamérica, que encontraron, en cierto modo, en los caudillos los brazos ejecutores de sus ideas emancipadoras.

Hasta curas como el mejicano Hidalgo fueron semienciclopedistas.

Acaso nunca como en la Revolución Francesa y como en la de la Independencia del Continente sudamericano anduvieron tanto en marchas paralelas la acción en las teorías, el brazo que ejecuta con la cabeza que piensa y ordena.

Ocioso fuera, pues, insistir en un corto artículo periodístico sobre la influencia que las ideas francesas ejercieron sobre el general Miranda, precursor de la Revolución Hispanoamericana, jefe francés de los tiempos gloriosos de Valmy y de la toma de Amberes, alma

europaea, de la moderna Europa, si no por nacimiento, por educación y por tendencia al menos. Fué Miranda como esas águilas de dos cabezas que ornan escudos de dos países, a los que representan con toda la exterioridad del símbolo, no siempre armónico, ni siempre simpático.

Cambia de aspecto el asunto cuando queremos referirnos a la influencia que las ideas y los ejemplos franceses ejercieron sobre los grandes hombres que, de una manera o de otra, fueron primeros en la Revolución de la que nos consideramos hijos y defensores.

Por suerte, la historia, no siempre pródiga en datos exactos sobre nuestro pasado, que, sin embargo, es de ayer, nos permite observar aquella influencia entre los que, como Bolívar y San Martín, por ejemplo, son padres indiscutibles del movimiento al que debemos nuestra existencia de naciones independientes.

Y fueron Bolívar y San Martín, de común ascendencia hispana, los que, poniendo de lado su originalidad nunca desmentida, dieron más pruebas de inspirarse para la ejecución de sus actos en las obras de los pensadores franceses.

El estratega de los Andes, el ilustre vencedor de Chacabuco y de Maipo, bebió la teoría de sus campañas militares, iniciadas en España, en los libros del Conde Hipólito de Guibert, que hicieron época en su tiempo, al que

llenó más con sus lucubraciones tácticas que con sus escritos acamédicos o con sus románticos amores con Mademoiselle del'Espinasse.

¿Y qué decir de Bolívar, quien, después de estudiar a los enciclopedistas franceses y de leer a Boileau y a Mme. de Stael, nutrió su espíritu con los libros, ingleses en su mayoría, de Bentham, de Helvetius, de Hume, de Holbach, de Hobbes, de Spinoza y de Montesquieu, al que completó, según la feliz afirmación del profesor antillano E. M. Hostos. De Bentham, al que la Convención hizo ciudadano francés y al que Brissot—quien a principios de 1793 propuso el Comité de Salud Pública una expedición contra las colonias españolas—acompañó siempre en sus frecuentes visitas a la primera República; de Helvetius, que, aunque de origen extranjero, nació en Francia; de Hume, que pasó toda su primera juventud en Reims antes de venir a París como secretario de Lord Hertford (1761), lo cual le dió motivo a que trabase estrecha amistad con Rousseau; de Holbach, al que unieron fuertes vínculos intelectuales con su traductor Nageon, y con Diderot y con Lagrange; de Hobbes, que discutió mano a mano con Descartes, que fuera antes su amigo a la par que Galileo; de Spinoza, en fin, cuyo nombre encierra todo un programa de filosofía y que se inició en la carrera siguiendo los pasos de aquel mismo Descartes.

A la influencia de Rousseau sobre Bolívar

atribuye el distinguido historiador venezolano Gil Fortoul su misantropía prematura y la manifiesta tendencia del héroe a dramatizar todo; influencia que se ve clara en su correspondencia epistolar “de estilo pintoresco y a menudo musical en el que estallan a veces explosiones de cólera y estremecimientos de impaciencia”.

En la famosa carta que dirigió a Olmedo juzgando su canto a la *Victoria de Junín*, carta acaso la más literaria que el Libertador escribiera, se notan la gran autoridad que sobre él gozaban, tanto como los clásicos latinos, los autores franceses de renombre. “He oído decir, advertía Bolívar a Olmedo, que un tal Horacio escribió a los Pisones una carta muy severa, en la que castigaba con dureza las composiciones métricas; y su imitador M. Boileau me ha enseñado unos cuantos preceptos para que un hombre sin medida pueda dividir y tronchar a cualquiera que hable muy mesuradamente en tono melodioso y rítmico.”

Y párrafos atrás agregaba: “Usted debió haber dejado este canto reposar como el vino en fermentación, para encontrarlo frío, gustarlo y apreciarlo. La precipitación es un gran delito en un poeta. Racine gastaba dos años en hacer menos versos que Vd., y por eso es el más puro versificador de los tiempos modernos”.

Sintetizaba, en fin, una observación muy justa en esta frase: “También me permitirá

Vd. que le observe que este genio inca que debía ser más leve que hablador y embrollón, lo que no le han perdonado los poetas al buen Enrique en su arenga a la reina Isabel; y ya Vd. sabe que Voltaire tenía sus títulos a la indulgencia”...

Es notorio que, antes que sobre San Martín y sobre Bolívar, los citados filósofos influyeron sobre los hombres que presintieron nuestra Revolución; desde aquel limeño Olavide, que a causa de sus ideas sufrió destierros y prisiones y al que Voltaire dijo por carta: “sería de desearse que España tuviera cuarenta hombres como vos”, hasta Nariño, por citar otro más moderno, que en 1793 publicaba en Bogotá una traducción de los *Derechos del Hombre* y que proyectaba fundar centros político-literarios en cuyas paredes sólo se vieran inscripciones extractadas de los libros del propio Voltaire, de Montesquieu y de Rousseau.

Todos sabemos el juicio que al autor de “El espíritu de las leyes” inspiraron América y España, dos potencias sometidas a un mismo amo que las trataba como a señor y a vasallo; nadie ignora que su cariño por la *vida de naturaleza* llevaron al pensador del “Emilio” a ensalzar las virtudes de los habitantes del continente colombino; es notorio, por último, que el inmortal hijo de Poitou afirmaba que “por más desgraciados y bárbaros que nos parezcan los pueblos del Nuevo Mundo, son

aún más superiores en inteligencia y sobre todo en felicidad a los salvajes de Europa, es decir, a los paisanos que van a la iglesia y al ejército”.

No fué, pues, una admiración no compartida la que los intelectuales primitivos de América profesaron por sus maestros franceses. Por eso, refiriéndose a su influencia en el momento en que debió estallar nuestra Revolución, ha podido afirmar el malogrado historiador francés Julio Mancini, en un libro primigenio, que será el mejor monumento elevado a su memoria: “Muchos jóvenes de Méjico, de Nueva York, de Nueva Granada o del Plata fueron a Europa, a Francia especialmente, a impregnarse de la atmósfera intelectual que tantos extranjeros iban a respirar a París: los criollos que quedaban en América aprendían el francés y se iniciaban en su literatura con celo más ferviente que el que mostraba la juventud europea. En parte alguna “El espíritu de las leyes” fué más comentado, ni Montesquieu, el inspirador de la constitución de los Estados Unidos, más admirado que en los centros intelectuales de las colonias españolas. En “La historia filosófica” de Reynal los jóvenes americanos aprendieron su historia. Rousseau suscitaba fogosos discípulos. En las sociedades literarias que se fundaban en todas las ciudades coloniales se leían, se recitaban con pasión las tragedias clásicas francesas. Se entusiasmaban con las respues-

tas de los personajes de Corneille, con las alusiones de Tancredo.

“La injusticia produce al fin la independencia”, y con el frenesí de las heroínas de Racine que se disponían a resucitar en las admirables Amazonas de la Revolución americana. “El mundo” era así más “francés” todavía de lo que imaginaba Rivarol”.

Hasta la misma España llegaron, por intermedio de criollos, los ecos de las nuevas teorías libertarias, hasta las mismas Cortes de Cádiz, en las que hizo oír su voz de “Mirabeau americano” el notable quiteño José Mejía Lequerica, digno compatriota del enciclopedista Santa Cruz Espejo, que, según escritor español contemporáneo, no fué soportado por los “serviles como liberal, *pedisecuo* de Condillac e imitador de Destutt-Tracy”, ideólogos que no desdeñaron la práctica y que contribuyeron al nacimiento del idealismo moderno.

El Centenario de la Revolución Argentina de Mayo celebrado hace pocos años en el Plata, probó con sus abundantes ediciones bibliográficas que la influencia de aquellos pensadores fué también eficaz en esa tierra que tuvo al francés Liniers como virrey, después de haber sido héroe de la Reconquista de Buenos Aires contra los ingleses en 1806.

Pueden decir los porteños a los bogotanos que si en los albores de la Revolución fué Nariño el primero en traducir los “Derechos del hombre”, Mariano Moreno le quitó la gloria

de ser el único y la de enriquecer el original con un prólogo que le honra. También en las "Memorias" de Belgrano se encuentran las palabras siguientes, que valen más que las conjeturas de los eruditos y que las afirmaciones más o menos fundadas de los historiadores: "Como en la época de 1789 me hallaba en España, y la revolución de la Francia hiciese también la variación de ideas, y particularmente en los hombres de letras con quienes trataba, se apoderaron de mí las ideas de libertad, igualdad, seguridad, propiedad, y sólo veía tiranos en los que se oponían a que el hombre, fuese donde fuese, disfrutara de unos derechos que Dios y la Naturaleza le habían concedido, y que aún las mismas sociedades habían acordado en sus establecimientos indirectamente."

Y si de Buenos Aires pasamos a Montevideo, nos apercebimos de que también en ese rincón platense las ideas francesas echaron raíces en lo más fuerte de su guerra.

En 1816, en pleno gobierno artiguista, el presbítero Larrañaga, en su discurso inaugural de la primera biblioteca pública que tuvo Montevideo, hizo el elogio y recomendó la lectura de la constitución de la República Italiana por Napoleón, y su famoso código del pueblo francés, exclamando, además, a guisa de epílogo de un párrafo patriótico-erudito-republicano: "confesemos, como decía Luciano Bonaparte, a la faz de todas las nacio-

nes y de todos los siglos, que Dios es tan necesario como la libertad al pueblo francés, y plantemos el signo augusto de la Cruz sobre la cima de todos los departamentos”.

Mas si la cruz la propia España la tenía ya plantada por doquiera, no pasaba lo mismo con los libros de origen extranjero, que se adquirían por contrabando, y sólo se leían a hurtadillas, hasta que con la fundación de aquella biblioteca se popularizaron en el Uruguay actual las obras francesas de naturalistas como Buffon y Tournefort o de químicos como Chaptal, Macquer y Fourcroy que fuera diputado de Paris a la Convención de 1792.

Hoy nadie discute la real y eficaz influencia de las ideas revolucionarias francesas en la guerra por la emancipación de Hispanoamérica, así sobre doctos como los ya citados, como sobre otros indoctos, dignos compañeros de aquellos negros esclavos de Coro que se lanzaron a la revuelta para libertarse, después de haber oído, de boca de sus amos, describir, con riqueza de detalles, la toma de la Bastilla, el fusilamiento de Luis XVI y las escenas del Comité de Salud Pública y de la Convención. En lo que suelen diferir las opiniones es en la manera de apreciar dicha influencia, que algunos espíritus conservadores creen más bien perniciososa.

Desaparecerá la discrepancia si se la juzga por los efectos que aquélla produjo sobre los

más grandes capitanes del Continente: Bolívar y San Martín.

Las nociones generales filosófico-políticas que los citados autores dieron al genial Bolívar—quién llegó a ser profeta en su tierra—no cabe suponer hayan sido perniciosas a su causa como no lo fueron las sabias teorías aprendidas por San Martín en los libros de Guibert.

Huelga ponerse a investigar si todos los que en Hispanoamérica se inspiraron en los principios de la Revolución Francesa se mantuvieron consecuentes con ellos hasta el fin de su vida política. Debe, en cambio, dejarse constancia de que las doctrinas revolucionarias de 1789 fueron uno de los factores principales de aquel movimiento insurreccional que, sin una preparación previa y sin comunes ligaduras, se propagó por todo un Continente; en el que se produjeron para una misma época convulsiones semejantes en distintos centros, al igual de esas flores bellas que parecen dispersas, en un mismo amanecer, luciendo colores idénticos y formas homogéneas porque son producto de igual polen salido de una sola antera en una tarde propicia a la fecundación a la distancia.

HUGO D. BARBAGELATA

París, 1916.

(*La Nota*. Buenos Aires.)

La perfecta alegría

LAS *Florecitas* del buen San Francisco, en una tarde inolvidable, vertieron en mi corazón su aroma de collados vírgenes. Por gracia del aroma, aquella tarde pasó alada, hacia la muerte, sin la más leve pesadumbre.

La crónica del pobrecillo de Asís y de su Orden es, en verdad, como un continuo florecer. Aquí oímos palabras del Santo, sabias y simples, tal pedrezuelas que despreció el palurdo y que eran diamantes caídos en el camino; un lobo se reconcilia con los hombres; los pájaros hacen silencio de oración y vuelan, a una palmada del Santo, signando una cruz en los aires, bajo el azul vibrante. Donde caen las gotas de su sangre, el Santo recoge rosas!

Y todo se sucede en paisajes de Italia: en aldeas blancas: entre pinares oscuros, a la orilla de los arroyos purísimos...

*

Pero de entre la crónica, ligera y sonriente, que guarda la gracia cautivadora del paisaje, surgió algo más vivo,—claridad de claridades,—como

otro milagro franciscano, a llenarnos el espíritu de emoción.

Según San Francisco y la crónica de su Orden, la perfecta alegría, no era otra cosa que la suprema humildad. Y mi emoción más profunda estaba en reconocer, mezclándola con la más cruel amargura, por nuestra vida y por las cosas presentes, una estupenda verdad en la homilía franciscana; verdad que, siendo única, pareció llegar tarde y apenas remover en el corazón, apretado en púrpura de vanidades, una esperanza vergonzante de antaño y, sin saberlo, puesta en suplicio: doncella olvidada en el fondo de una cárcel oscura, cuyo suplicio pedía ahora y arrastraba el llanto a los ojos!

A un lado la forma militante que la humildad toma entre las filas de la Orden, en guerra con los enemigos y falsos devotos del buen Jesús, los cuales infestaban el mundo; y aparte también, —porque no era para nosotros y nuestro tiempo, —el carácter de renunciación religiosa que confundía a cada paso la humildad con la pobreza por la pobreza misma, algo de la eterna y pura humildad tocó aquella tarde mi espíritu, como a la puerta de una iniciación...

En el libro cerrado, pero sin marchitarse nunca, porque eran prendas de amor eterno, quedaron las *floremitas* del buen Francisco dando en silencio su aroma de collados vírgenes, en

tanto se alzaba sobre mi espíritu, con dulce imperativo, la lección inaplazable: ¡ Ser humilde !

Sobre la tierra oscura, el *Angelus* levantaba la enorme basílica de la tarde. El día era, al cabo, un fulgor colorido, lejano, en los vitrales góticos del crepúsculo.

*

¡ Ser humilde ! ¡ Serlo a nuestro modo y conforme a cada naturaleza !

Comenzaría por aceptarme a mí mismo, con pequeñez y flaquezas; sin punto de confusión las cosas, el amor y el dolor serían entonces pura y sencilla realidad, y el traidorzuelo o el hipócrita se arrastraría a mis ojos ingenuos con ingenua condición de sierpe, cumpliendo con su naturaleza.

Porque la humildad enseña a ser puro—quiere decirse, conforme a sí mismo—y a ver la pureza de las cosas, en el agua o el fuego!

Entre los otros y yo, no habría más ocasión a odio y confusiones, porque ahora, por sobre los más hondos prejuicios, había un modo de ver que lo refería todo a la más pura y sencilla realidad, de donde, como de la materia el perfume, los conceptos se redimían, en definitiva, místicos....

*

Tal suerte de ingenuidad, serena y olímpica, como nacida en la Hélade, sacudía de sí toda a-

dulación para el poderoso,—aun para aquél con quien los otros se perdonasen la vida; y, de continuo, se interrogaba en silencio a qué hacerse perdonar también, de falsos maestros, las palabras y las acciones. Para el amor y el dolor no había amos ni maestros posibles!

Los seres y las cosas amanecían ahora como nuevos y aun conforme al primer amanecer de la vida y así, por virtud de una emoción prístina, de enamorado o de niño, acaso gozara el divino placer de nombrar los seres y las cosas por la primera vez, en un éxtasis paradisiaco: el árbol que da sombra; la rosa apenas nacida y ya muerta; el pájaro que voló sobre el gajo más alto y da un trino, o fué nota amarilla o muy roja en el aire diáfano y tembloroso.

Porque la humildad enseñaba, conjuntamente con ser puro—a imagen del agua o del fuego—a ser libre!

*

Si amanecía en torno infortunio y pobrezas, el amanecer no sería menos un milagro. La choza del olvido, por real, buena; el alero de desamparo, alegre. El paisaje alejaba por todas partes desolaciones: el valle árido, las colinas rojas y abruptas; pero un zagal tañía, a lo lejos, su flauta primitiva y, en una rama seca, saludando las cosas del amanecer, un pájaro cantaba. Todo era bueno y alegre.

Al zagal y al pájaro, su hermano menor, les bastaba, por ser humildes, con reconocer su libertad, para darla sin esfuerzo y con devoto regocijo, en aquel grado supremo de libertad, que es la expresión.

Porque la humildad enseñaba, juntamente con ser puro y libre a ser artista, al modo fraternal del muchacho y del pájaro!

*

Y más luego y por último, en toda grandeza discurría, de un principio o a poco, según debía verse desde limpidísima certidumbre, un raudal de humildad, a la medida que, de propio y sencillo móvil, la grandeza se diera punto por punto en sí misma, sin afectación ni timidez. El místico, el poeta, o el héroe al igual del águila, el árbol o el río, que sin afectación ni timidez, dan de un todo en el vuelo, la majestad o la corriente.

De donde, por inversión de los términos, todo lo lento que se quiera, pero perspicua y serenamente, *la humildad enseña también a ser grande*, aun en cuanto a proporciones humanas se comparase. Y en el espíritu y la naturaleza tan grande venía a ser, según la humildad, el insecto como el águila, y no le era menester, perdonarse de ésta porque volase de las cumbres cerniéndose al medio día sobre el césped!

La lección de Francisco llenaba el mundo, y era apenas el balido de una ovejueta ! Pero su verdad, por todas partes impresa, sólo en los corazones, sería vida y sendero....

Sobre la tierra oscura se cerraron, tachonadas de estrellas, las puertas de zafir de la noche de primavera. Para quien se abriesen, como azul y dorado misterio, la palabra del Santo sería viva realidad del corazón ! Porque ¿ qué era *la perfecta alegría*, sino la gracia que vive esparcida en las cosas y los seres y que en el laude del pobrecillo de Asís se recoge oriente en la perla, sin dejar de ser pura y libre ?

Para algún corazón de poeta, cada estrella sería una *florecita* franciscana, y fuera el testimonio poético de que, realmente, sobre los oscuros caminos, un día floreciera aquella, *la perfecta alegría*, perfumando el mundo....

Valencia, junio de 1916

OSCAR LINARES.

(*La Revista*. Caracas.)

Simiente de agonías

No debemos preguntarnos si los que lloran tienen motivo para ello o no lo tienen, sino sencillamente qué podemos hacer para que no lloren.

M. MAETERLING.

Dolor de la miseria, dolor de las mezquinas alarmas terrenales, dolor de las pequeñas angustias de la vida, ¡ cuán sordamente minas las existencias pálidas que trágico domeñas !

No hieres con la saña de indómitas pasiones, pero en sigilo el ánimo torturas lentamente, y la fugaz, la frágil paz de los corazones con el presagio inquietas de una ansiedad creciente.

Más íntimo, más triste, más cauto, más sombrío que el drama de la muerte y el drama del hastío, del alma que emponzoñas te ocultas en el fondo ;

Y si un esquivo rayo de compasión te alcanza, te escudas con tu estoico fracaso de esperanza, torvo dolor sin lágrimas, tan mísero y tan hondo !

Dolor el más amargo de nuestra amarga vida, dolor de la miseria, solo dolor sin pausa,

Dolor clemente y pródigo, que desolado gimes del corazón las ansias y heroico te redimes para otros corazones soñando el bien perdido.

Dolor de la miseria, dolor de las silentes concentraciones íntimas de un tímido aislamiento, dolor de las amargas derrotas inconscientes, trémulo y angustiado dolor del desaliento.

Germen de taciturnas tendencias agresivas, y claudicantes ansias propicias a la entrega, de humillaciones trágicas en el desastre altivas y de altiveces frágiles transidas en la brega.

Dolor de la miseria, simiente de terrores, simiente de agonías sin quejas, sin clamores que turben el opaco silencio de tu abismo;

Triste dolor perenne, tan sordo, tan callado, que de tus propios ayes te alejas desolado y para no sentirte te embriagas de tí mismo.

¿Zozobra? ¿desaliento? ¿terror? ¿melancolía? ¿locura de abismarte? ¿tristeza de rendirte? Cada un dolor, y todos, presagian la agonía con que solloza el alma la angustia de sentirte.

Burlado eternamente por el azar, recelas de todo aventurero y alucinante empeño, y para no engañarte con la esperanza, vuelas muy lejos de la dulce promesa del ensueño.

La dicha, la quimera de dicha que sostiene
las ansias del terreno peregrinar, no tiene
para tus lobregueces un compasivo halago;

Dolor de ver la vida pasar, sin que deslumbre
un resplandor de aurora fugaz tu pesadumbre,
ni aclare una sonrisa tu deambular aciago.

A veces turba el vasto silencio en que clausuras
la espiritual tragedia de tus meditaciones,
un tormentoso oleaje como de crispaturas
y un ulular siniestro como de imprecaciones.

Dialogas con la vida, de arrestos que fracasan,
de empeños que se rinden y fuerzas que se agotan,
y entre la vida estéril y tus demandas, pasan
nuevas infaustas horas que tu afanar derrotan.

Con el vigor indómito del tormentoso oleaje,
del ulular siniestro con el gemir salvaje
ampara y fortifica tu mísera flaqueza....

Y así, en el gran silencio donde hosco te encas-
tillas,
si una obsesión de abismos te dobla las rodillas,
que una visión de cimas te yerga la cabeza.

La súplica, la instancia, la persuasión, no llegan
jamás a la inconciencia con que la suerte escuda
la sórdida avaricia, ni adoloridas ruegan
sin que al dolor que evocan otro dolor acuda.

Si piérdese en la sombra y extingúese en el
viento
de tus lamentaciones el plañidero grito,
con tus lamentaciones forja un remordimiento.
como la culpa, ingente, y como tú, infinito.

No temas nuevos golpes ni más adversidades;
nada hay sobre las vastas, las negras tempestades
que el pávido misterio de tu recinto asordan.

Y sé, para la vida falaz que te rechaza,
un treno, una quimera, un eco, una amenaza
de todas las miserias que tu caudal desbordan.

El alba, la esperanza, la dicha en flor, alevés
esquivan la infinita desolación terrena.....
tú solo, como Cristo, te exaltas y conmueves
con la inextinta lágrima de la amargura ajena.

Tú solo, que has sabido de todos los azares
y has exprimido en todos los odres el veneno
del vino de la vida, los llantos seculares
compartes, sollozando con el dolor ajeno.

Tú solo, del milagro de consolar al triste
la comunión conoces, que sólo tú sufriste
con el clamor de angustia que otra miseria arranca,

Y sabes, en tu ensueño de comunión propicio,
que emerge del celeste y heroico sacrificio
toda radiante el alma serenamente blanca.

FEDERICO UHRBACH.

El culto de la madre

CONFERENCIA LEÍDA POR EL DOCTOR ALBERTINO NINFRÍAS, EN EL SALÓN DE LA "ASOCIACIÓN CRISTIANA DE JÓVENES", EL VIERNES 12 DE MAYO 1916.

Ex-toto corde.

EL hombre de letras, como el pintor y el escultor, tres seres que buscan interpretar a la naturaleza al través de sus almas, amantes de la belleza, recogen en el camino sus mejores inspiraciones. El tema de esta reunión, de un alto significado moral, me ha sido dado como una visión, al atravesar una bulliosa vía de nuestra metrópoli. En el frente de una gran vidriera había un cuadrito encantador, fresco y saludable como las brisas de la mañana sobre las campiñas verdes y odorantes. Representaba un claro de frondoso bosque y ocupando el plano principal veíase a una madre, esposa sin duda de alguno de los guardianes del religioso asilo de la naturaleza; vestía humildes ropas, y su cabello, algo desgredñado, evidenciaba a lo lejos, a la mujer hacendosa del hogar. Pero su sacro gesto hacía olvidar todo ello para concentrarse en su divina maternidad. Levantaba de un carrito de manos a su hijito de las entrañas, a la supre-

ma ilusión y luz de sus monótonos días.

El artista en colores, cuyo nombre ignoro, supo lo que era el cariño de una madre, su abnegación, su dulzura y aun más; el hecho de escoger el artista como ambiente de su expresión artística un bosque, prueba cuan hondo era su pensar. En efecto, ¿qué palabra lleva en sí un concepto más profundo y está, si queréis, más cerca de la idea de Dios, si no es precisamente el vocablo naturaleza? En todos los idiomas veis acoplado ese término al de madre. Madre naturaleza, dicen los filósofos, los artistas y los físicos.

La madre es, a todas luces, lo que está más cerca al impulso admirable e insomne que muestra todas las fuerzas en nuestro derredor. Ella está en una comunión más íntima con la esencia del mundo; ella penetra con mayor facilidad lo invisible, taller maravilloso de toda la vida y de todas las vidas. ¡Qué clara es la visión espiritual de la mente materna! Posee una intuición sorprendente; presiente la proximidad de los acontecimientos; adivina de una manera precisa el carácter de las personas con quienes sus seres más queridos entran en relación.

¡Con qué tacto la madre refiere al hijo todo aquello que le puede perjudicar, que le puede herir y con cuanta energía le alienta!

Las acciones mejores de los hombres son las realizaciones de la idea de una madre. Ella vió, el vástago ejecutó.

Cuánto hermoso cuadro se levanta ante mí, de esas escenas de la invencible amistad de la madre con su hijo. La madre ha rodeado tiernamente el cuello del hijo y así enlazada, su mirada en la de él, le habla con convicción firme y profética de las cosas de su porvenir.

El hijo ha ingresado triste, en los brazos de la autora de sus días, sale contento y esperanzado. Preguntada un día, la nobilísima Cornelia, aquella matrona de la Roma consular, por una amiga que la visitaba: "¿dónde están tus joyas?" contestóle aquélla, atrayendo hacia sí a sus dos hijos: "Helas aquí".

Y esos dos jovencitos fueron más tarde los más grandes tribunos del pueblo Romano.

No podía ser de otro modo. Detrás de todo gran hombre, hay una gran madre, y el caso no es una excepción, aunque tratéis de hombres tan opuestos como ser Goethe o Napoleón. Muy poco, en comparación de las madres, oís hablar de los padres, en las memorias de estos dos héroes del pensamiento y de la acción. Lo mejor y más divino de sí mismo, lo atribuye el autor del Fausto, al alma de alta distinción espiritual de su madre. Ella era, fuera de toda duda, la clase de madre que esperamos para un poeta genial. "Fué", dice uno de los mejores biógrafos del escritor, "una de las personalidades más gentiles de la literatura Alemana, y la que se ha hecho un lugar prominente entre ellas." Fué de naturaleza sencilla, dotada de un gran contento de áni-

mo y un corazón afectuoso que se hacía querer de cuantos la trataban. Para resumir en pocas palabras tanta grandeza, diré fué "la delicia de los niños, la predilecta de los poetas y de los príncipes".

Refiérese que después de entrevistarse con ella un culto espíritu, exclamó: "Ahora comprendo cómo el gran poeta haya podido llegar a ser el hombre que es".

Ningún cumplimento más hermoso ni más justo para su memoria.

En unos versos autobiográficos, el artista declara:

"Von Mütterchen die Frohnatur,
Die Lust zu fabuliren."

"De mamá me viene mi disposición a la alegría
y el amor de narrar cuentos,"

Cuando el vencedor de Austerlitz es coronado emperador de los franceses, en Nuestra Señora de París, su primer preocupación es que presencie la sin par ceremonia de hierática magnificencia, la anciana madre.

¿Quién podría apreciar mejor que ella la carrera vertiginosa del hijo? Napoleón era simple teniente cuando el saqueo de "las Tullerías"; diez y siete años más tarde, amo de la Europa.

Las dos figuras más patéticas de la historia, son los dos hijos de Eduardo IV, Rey de Inglaterra. Muerto el popular Monarca en la flor de su edad, dejó tras sí a hijos demasiado jóvenes para las responsabilidades del caso.

Puesta la regencia del Reino en manos del tío, el Duque de Gloucester, éste ambicioso monstruo buscó deshacerse de sus dos sobrinos. Sabía harto bien, el astuto príncipe, que mientras permanecieran los adolescentes al lado de su madre, ella sería para ellos su más segura defensa.

El primer paso hacia el crimen que meditaba el regente, en el fondo tenebroso de su conciencia, fué separarlos de la reina. Hay un cuadro que comenta este acontecimiento y es de los más tristemente conmovedores que se han concebido. La acción tiene lugar en Westminster Hall, soberbio salón de grandiosas proporciones. A un lado, vemos a la augusta madre en una trágica actitud de desesperanza y asida fuertemente de sus dos hijos cuyas faces baña con lágrimas de sangre. Esa noble señora sabía que se despedía para siempre, y el que hoy estudia el hecho histórico y sabe como terminó, participa de ese dolor, ante el cual todos ellos se desvanecen como la noche al abrirse el día.

¡Pobre madre!

Si tiene capacidad para la dicha más alta, también el dolor arremete contra ella sus más furiosos ataques.

Rodin, el Miguel Angel de los modernos tiempos, ha esculpido una cabeza de mujer que obsesiona en verdad.

Le ha llamado el dolor. Solo es menester darle una rápida ojeada para saber de qué

dolor se trata: la horrible e indescriptible angustia de una madre ante la desaparición de su hijo amado.

Cuando era pequeñuelo, presencié un suceso semejante; jamás se borrará de mi ser, mientras viva. Hubo de arrancarse por fuerza a la madre del lecho donde yacía un cuerpecito frío; sus sollozos sumían en la pena más acerba.

En una de las grandes novelas del siglo "El Sendero de Dios" por Bjornson, hay una descripción de este asunto altamente sentida.

Han operado a un niño muy próximo a la muerte, y la madre, sugestionada por su angustia, va a ver si vive aún. Se ha escapado a la severa vigilancia que ejercía la familia sobre su descanso. Dice el novelista: "No dijo el niño una palabra, ni movió parte alguna de su cuerpo por temor de volver a sentir el dolor de antaño; y a ella parecía como que su espíritu volaría del sitio si se movía y si ella le tocaba o enunciase palabra alguna. Pensaba que su respiración aun pudiese ser demasiado fuerte, buscó hacerla casi imperceptible, ni movía manos ni cabeza; en esta quietud serena parecía estar bajo la sombra de alas de ángeles. Era un momento parecido a aquel en que le había dado el ser, al oír los primeros rumores de la voz viviente. Y ahora la vida volvía por segunda vez con respirar tembloroso. Los ojos del hijo eran como luz en la nieve. No se cansaba ella de su fresca lumino-

sidad; flotaban en los suyos; anhelaba ella que esta situación no terminase nunca.

“Mas el muchacho fué vencido por el poder de sus ojos y se entregó al sentimiento de seguridad que le inspiraba su presencia. Volvió a entornar los ojos, abrióles de nuevo una o dos veces... Sí, ella estaba allí, y en ese pensamiento durmióse”.

¡Qué derroche de muda ternura se experimenta al leer ese trozo! ¡Cómo llega el escritor al fondo eterno de la madre todo amasado de intuición y el más fino de los amores! A todo hogar penetran en su danza loca, las horas tristes, las horas amargas, las horas en que un confuso destino parece anonadarnos. El mundo en este momento está sembrado de esas horas fatales. Sobre ningún ser hace mayores estragos la guerra actual que sobre las pobres madres. La Conflagración presente de los pueblos, es la tragedia de las madres. Pero, con qué entereza se han hecho a esta situación sin precedentes en la historia de la raza. ¡Madres maravillosas! las ha calificado un periodista.

Se ha recogido una carta, cuidadosamente guardada contra el pecho de un oficial ruso, muerto en el campo de batalla. Era de su madre. He aquí algunas frases de ese ejemplar documento:

“Tu padre murió luchando muy lejos nuestro. Ten presente que tú eres el hijo de un héroe. Mi corazón rebosa de pena y llora al pe-

dirte seas digno de él... No vivimos para siempre en este mundo. ¿Qué cosa es nuestra vida? Una gota, acaso, en el océano de la Hermosa Rusia.

"...Cuando seas enviado a realizar alguna gran acción, no te acuerdes de mis lágrimas sino tan sólo de mis bendiciones. ¡Que Dios te guarde, amado hijo mío! Por todos lados se dice que el enemigo es cruel y salvaje. No te dejes guiar por la venganza ciega. No levantes tu mano sobre una cabeza caída; sé misericordioso hacia aquellos cuya suerte sea el caer prisioneros tuyos..."

El amor de madre es sublime, heroico, grandilocuente; desdeña fijarse en lo bajo, lo egoísta, y despliega la belleza de sus anchas alas en toda ocasión solemne. Vive y muere en la belleza. No vacila, hace; tiene la grandeza de las antiguas leyendas. Ese amor está hecho de la pasta de los héroes, cuando se trata del hijo.

El hogar es quien da carácter a un país. A pesar de cuanto se me dijese otrora, siempre tuve fe profunda en la salud moral del pueblo francés. La base de mi creencia estaba en la insuperable terneza de la madre en Francia, su inteligencia, su espíritu previsor, su alegría y energía del vivir.

¿Quién no se inclina hoy ante esta nación, espléndida en su heroísmo y en su resistencia?

Recuerdo haber leído un episodio de la guerra que me quedó muy grabado. Se trataba de

una madre que no solo había perdido a su esposo, sinó también a sus dos hijos. En el momento de comenzar el relato de su caso, estaba de pié, al lado de la cama de su tercer hijo. A este acababa de serle amputada una pierna. La lámpara de la vida del joven iba extinguiéndose poco a poco.

Al día siguiente, la infeliz madre tuvo el valor de ir a despedirse y agradecer a la enfermera por las atenciones que había recibido su hijo en sus últimos momentos. Con frases hondas tributó su eterno agradecimiento, luego dirigióse completamente enlutada, con paso digno, a la puerta de salida, por entre una doble fila de camas; al llegar al dintel, volvió la cabeza en dirección a la cama vacía de aquel que hasta ayer había sido su postrer esperanza.

Uno de los más valerosos generales de Francia, en la expedición a la península de Galipolí, el General Gouraud fué por dos veces tan mal herido que tuvo que cortársele el brazo derecho.

Al regresar a París, buscó ocultar su pérdida a su querida madre, pero al abrazarle se dió cuenta de lo sucedido y retrocedió horrorizada. Se echó a llorar sin consuelo. Gouraud la tomó cariñosamente con el brazo restante y le dijo: “¿Por qué lloras?—no te alegras de verme?” y de esa suerte ahogó su llanto y borró con un beso sus lágrimas de dolor sincero.

En todas las circunstancias de la vida este culto a la madre es un freno a los malos impulsos; es un salvaguarda contra las desilusiones del vivir.

Jamás se perderá por entero el que siente fuertemente este afecto y aunque se halle en el abismo del pecado o en los tormentos de una pésima situación, podrá por sobre toda aflicción, elevar a Dios su alma, porque ha amado a su madre.

Con cuanto entusiasmo entonces recordamos esos versos de Rudyard Kipling, que cometiendo quizás una profanación poética, buscaré traducir aquí:

Si se me ahorcase sobre el pico más alto,
Madre mía, madre mía
Yo sé quien seguiría mis pasos,
Madre mía, madre mía.

Si me ahogare en la mar más profunda
Madre mía, madre mía
Yo sé las lágrimas de quien vendrían hacia mí,
Madre mía, madre mía.

Si yo fuera condenado en cuerpo y alma,
Madre mía, madre mía
Yo sé qué oraciones me rescatarían,
Madre mía, madre mía.

A este poema solo le encuentro dos cosas comparables en el dominio de las artes: "el Dolor" de Augusto Rodín y "la Pietá" de Miguel Angel.

Me parece verla, a esta última, la efigie simbólica de todo dolor: es la madre del Cristo que murió por salvar a infinitas generaciones de hombres. ¿A qué pena puede compararse la suya?—¿No era su hijo el más irreprochable y bien intencionado de los hombres?—¿No hería su frente sin mácula un rayo inextinguible de bondad y de amor? No solo llora a su hijo, solloza por la humanidad entera que ha sacrificado en él, su dicha, su quietud, su agradecimiento. Para haceros concebir cuan grande es este tesoro del amor maternal, os he hablado de su aspecto triste y doloroso. Así lo exigen los tiempos que corren, pero lo ha sido también por aquello de que nunca es tan grande nuestro afecto hacia alguna cosa como cuando la perdemos.

Cerremos esta parte con la reminiscencia, entre todas trágicas del Antiguo Testamento, de aquella madre cuyos siete hijos fueron colgados para servir de pasto a las fieras y a los pájaros del aire. Un escalofrío de horror hiel la sangre de nuestras venas, cuando sabemos a la infortunada madre en continuo acecho para ahuyentar del lugar del suplicio a toda persona que pudiera dañar a esos cuerpos mutilados. Con su constancia logra dar tranquila sepultura a todos ellos.

Sin embargo cuánto recuerdo nos evoca la madre a pesar de todos estos horrores descritos.

Escuchad éste de las románticas regiones de Escocia, fuerte y bella tierra de grandes corazones. Espera su turno un jovencito para hablar con el coronel. Ha estado haciendo ejercicios de recluta desde algunos meses.

—“¿Qué puedo hacer por tí?” le pregunta el paternal jefe.

—“Yo deseo marcharme a casa”, responde el tímido muchacho.

—“Y por qué?” contéstale tan solo.

—“Yo no vine aquí para hacer ejercicios;” y agrega con énfasis, “yo me enganché para pelear”.

Era este el hijo único de una viuda, pero ella consintió con buena voluntad en dejarle ir al frente. El fundamento del edificio social está en el corazón de la madre. De ahí manarán las virtudes y prosperidades de la patria. Si ella dedica su vida a un fin; si ella vive de una existencia superior para que los que la sigan vivan mejor, si ella subordina su mentalidad perseverante y conservadora a la satisfacción de un noble porvenir para sus hijos: entonces nada puede derribar las fuerzas de su puro amor.

Ella es quien vence o sucumbe en la batalla moral de los pueblos.

¿Qué hay en el fondo de ese culto a María, tan lleno de ingenuidad, de frescor de corazón

y de los generosos impulsos de la juventud, si no es un tributo a la maternidad? En Inglaterra especialmente, dedicábase a la madre de Jesús, el mes de Mayo, el más hermoso y florido del año. Asociábase la conmemoración al retorno de la vida de las plantas. Iban los innumerables festejos y servicios religiosos como envueltos en las sutiles aromas de los azahares y madre selvas. ¡Cuanto significaba expresar su ser en la alegría del más cándido y pristino de los amores, tenía cabida en el poético mes de Mayo!

María, la virgen María, la dilecta del Señor, la princesa de Davídica estirpe, reunía en su persona a todos los afectos individuales para constituirse en el arquetipo de todas las madres.

Y aún hoy día, en estos tiempos de menos poesía, pero si de más tragedia, en cuántos pechos no arde todavía esa pasión sagrada. Los campos, la montaña, el mar, siempre fueron los últimos asilos de la naturalidad en el hombre.

Romain Rolland ha escrito una obra que viene a ser para nuestro siglo, lo que fueron "Los Miserables" para las letras del pasado.

Su héroe es un hombre de genio y como tal un martir a su manera. Como toda alma grande, Cristóbal no cuida de las convenciones sociales. En perpetuo choque contra individuos mezquinos y faltos de comprensión,

vese obligado Kraft, a huir de su patria entregada al culto de la fuerza bruta.

No ha tenido el coraje de comunicar su resolución al ser que más quiere, y anda perplejo como ocultarle su propósito. Mas lo inevitable llega siempre.

Es un Domingo lleno de sol. La tarde está por declinar suavemente. Madre e hijo han estado conversando de manera afectuosa. Ha habido de repente una pausa en el coloquio y la pobre Luisa, rendida de cansancio, ha dormido con el gran libro de todo hogar cristiano, abierto sobre sus rodillas. Unos pálidos rayos nimbán su fisonomía estóica y resignada.

Está tranquila, está serena.

¿No está cerca de su hijo amado?

Así la vió por última vez el hijo genial, y de esa suerte también os dejo, amigos míos, con la evocación de una imagen parecida, imagen de fuerza y de reposo, de amor y ternura por aquella que es única en la vida de todo ser.

ALBERTO NIN FRIAS

Del cercado bíblico

Vosotros, pues, pondréis poesía en vuestro trabajo; y sólo así recibiréis una vida dichosa en pago de vuestros esfuerzos.— E. GONZALEZ BLANCO, *Jesús de Nazareth*.

—*Labrador, labrador, tu lucha es vana,
estéril es tu afán: verás mañana
que se cubren de abrojos
los surcos que regaron
el agua de tus ojos
y el límpido relente
que la fatiga salpicó en tu frente.
Ya no amarás la tierra
que la semilla encierra;
tu heredad desolada
será de los reptiles la morada.*

*Con la simiente riega poesía,
si anhelas que lozana
la mies resurja de la madre pía
al lucífero albor de la mañana. . . .*

—*Herrero, noble herrero
de fuerzas giganteadas*

*que en el yunque golpeas
el duro bloque de encendido acero,
contemplantás tu fragua
convertida en infierno
y vivirás en un martirio eterno,
sin Dios y sin amor, sin pan, sin agua.*

*Para que la existencia te sonría
y tus ensueños el dolor no trunque,
al compás del martillo poesía
esparce en dulce calma
cuando forjes el hierro sobre el yunque....
¡Porque el son del martillo es armonía
para aprender la música del alma!*

*—Maestro, las lecciones
que dictas en el aula
a los incautos niños
—bulliciosos gorriones
metidos en la jaula—
estériles serán como la avena
que arrojó el labrador sobre la arena.
Si quieres que el fastidio
de la escuela no espante la alegría
y la convierta en lóbrego presidio,
derrama poesía*

*en la lección, y el niño
marchará con cariño
como dócil cordero
por el arduo sendero
de la sabiduría*

*Así hablaba Jesús de Galilea
y el bardo murmuró: ¡Bendito sea!*

MANUEL MARIA MUÑOZ
(Colombiano)

La Paz (Bolivia), enero de 1916.

(De la *Revista de la Instrucción Pública de Colombia*. Bogotá.)

Un buen queso

NO, no; el Amor es bueno y nunca desampara a sus pacientes. Oye mi dulce amiga la historia de Inés y Florencio, para que te convenzas de tan importante verdad.

Inés y Florencio, ambos nacidos y criados en la opulenta finca donde servían, eran dos gallardos muchachos que se adoraban desde la niñez. Hasta aquí todo va bien, y aun ha de parecerte mejor si te digo que los chicos se besaban como unos glotones cuantas veces podían, con el incentivo de esas brisas campestres que en la primavera hacen estremecer tan profundamente a los bosques venerables. Cuanto podían se besaban, y hacían muy bien, a despecho de tu aspaviento convencional; cuanto podían, porque, ¡ay! no siempre les era dado.

La señora, una viuda ya entrada en años, era muy beata y se escandalizaba al sólo nombre del Amor, como no fuera éste el divino. No obstante, sus amigas afirmaban, que en su devoción a San Antonio, por ejemplo, no todo era desinterés celestial, llegando uno de sus primos, viejo entre

santurrón y calavera, a afirmar que Santa Rita compartía aquella predilección....

Lo cierto es que había sido devota del buen santo hallador de novios, desde su más tierna juventud: y tanto, que se rezaba de memoria la novena y los trece martes.

La señora quería mucho a Inés, pero desconfiaba de Florencio, habiendo opinado ya varias veces que creía llegado el momento de buscarle empleo en la ciudad. ¡Cómo abominaba Inés en esos momentos la palidez que la cubría!

Para ella eran las preferencias y hasta los mimos compatibles con la rigidez aristocrática de la dama; pero ¡a qué precio! precisamente por esto, apenas podía hablar con su novio. Cuando no trabajaba con la vieja ama de llaves, doña Catalina, una flacucha de rigidez gendarmeril, bordaba junto a la señora en el costurero cuya suntuosidad tenía algo de bazar, mientras aquélla, en compañía de una hermana solterona que la acompañaba, consumía las horas descifrando charadas y fugas de vocales. Esto formaba su manía y su vanidad. El resto del día lo consagraba a la oración.

Sólo en la mesa tenían algún esparcimiento los muchachos. Después de servir Inés a las señoras, almorzaban con doña Catalina, en un recogimiento casi terrorífico; pero a veces llamaban de adentro (generalmente para averiguar alguna fe-

cha) y el ama acudía. ¡ Ah, besos furtivos, caricias miedosas, dramitas en dos pelliscos ! Era el momento de entregarse las cartas en letra menudísima y sin apartes; el minuto suspirado de decirse tantas cosas y no acertar más que a estrecharse las manos: fugacidad deliciosa que les alegraba un día entero como una exhalación de perfume....

Ahora bien, cierta ocasión de esas, Inés y Florencio tuvieron un gran disgusto. Aquella negó rotundamente a éste un rulo que la pedía, y hasta le reprochó que hubiese mezclado aturdidamente el día anterior la leche de los quesos.

Lo primero fué una coquetería y lo segundo merece una explicación.

Inés hacía unos quesos riquísimos que la señora prefería, motivando esto mil querellas como la mencionada. Eran de comerse frescos, pero tenían un término de treinta horas que la chica respetaba con veneración; y por esto aquel reproche asumió caracteres muy serios para Florencio.

Tres días después, como la coqueta no cediera, la escribió que se iba a envenenar; y ella, alarmada al verle tan triste y para evitar que lo hiciera durante el almuerzo, le respondió con amoroso sobresalto:

“ Mi rico no fué usted ya sé adorado bien de mi alma, hoy en la mesa te daré si acaso llaman, y con esto recibe muchos besos de Inés ”.

Hizo con el papelito una cedulilla bien apreta-

da y la guardó en el corpiño a la espera de una oportunidad.

Fabricaba hacía rato uno de sus quesos en la lechería, dando el último amasijo a la cuajada, cuando sintió pasos. ¡ Los de él !.... Con la cedula en la mano, aguardó palpitante, pero en vez del amado noviecito, apareció doña Catalina en persona.

La cedula rodó por entre los dedos de Inés sobre la pasta, que sus manos oprimieron con instintiva precipitación. Por fortuna no la había visto, y en cuanto se fuera....

Pero en vano retardó su obra. La vieja no se movió de allí, y como empezara a regañar por la tardanza, el queso entró en el molde y pasó a la despensa, sin que la infeliz hubiera podido retirar de sus entrañas el secreto de su amor.

¡ Qué dos días aquellos ! ¡ Con qué ansiedad tentó una y mil veces la puerta de aquella nefasta despensa en procura de una remota casualidad ! ¡ Cuántos ingeniosos hurtos concibió ! ¡ Cuántas promesas hizo a los santos ! Pero doña Catalina no candaba nunca en falso, y los santos suelen ser tan ocupados....

Por fin una noche, mientras servía a la mesa, la catástrofe se produjo. El ama trajo, con cierta prosopopeya de mal augurio, un nuevo queso que la señora se dispuso a cortar. (Era esto un capricho de golosa, harto honorífico para Inés, bien se

comprende.) Un buen queso. ¿Sería ese?... No no era, porque parecía más viejo; pero sí debía de ser, porque tenía una depresión en el borde....

El cuchillo entró lentamente.... entró entró.... Desprendióse la tajada.... ¡ Ah, qué satisfacción ! ¡ No era !

Pero al cortar el segundo bocado, la señora notó algo duro en la pasta, escarbó un poco, y el papel maldito apareció.

Tan insólito era aquello, que produjo un solemne silencio. La señora, con una calma fría, más terrible que las amenazas de los profetas, desdoblaba lentamente la cedulilla; y en ese momento la chica, desde el fondo de su anonadamiento, balbuceó al azar, con una voz en que desfallecían sollozos:

—Se me cayó del seno...

El papel acabó de desenvolverse.

Y ¡ oh ! cincuenta veces oportuno “Tyrothrix fili formis” y otras tantas sublime “bacterium lacti”, “bacillus butyrricus” y cuantos suculentos microbios, acedan, sazonan y maduran esas maravillas del arte caseoso: los ácidos de la fermentación habían decolorado la anilina, y sólo aparecían vagamente, en un matiz rojizo, palabras sueltas, sin ningún significado al parecer:

Mi i no us
adorado bien de mi alma,

en la mesa s ca
 llama, con sto rec
 e os e es

Las cejas de la señora se fruncióron ante tan profanas palabras....

....Pero ¿qué cambio es ese en sus facciones? ¿Por qué mira ahora a Inés con enternecida benevolencia?

Es que acaba de dar con el secreto del involuntario criptógamo y comprende lo temerario de su sospecha.

En efecto; ¿no correspondían exactamente esas palabras a la oración del noveno martes de San Antonio?

“Mi divino Jesús, único y adorado bien de mi alma, que en la mesa eucarística os llamáis, con justo derecho, el pan de los fuertes....”.

¡Chica ejemplar! Se pasaba copiando oraciones durante sus asuetos ¿quién lo creyera! ¿Reprenderla? Nunca; pues ¿a qué mayor gloria podía aspirar un queso?

Y desde entonces, bajo la advocación complaciente del beato paduano—mi patrón querido—qué besos, qué locos besos se dieron los chicos al almorzar.

LEOPOLDO LUGONES

(Ediciones Mínimas. Buenos Aires.)

La self reliance

La sustancia de la democracia es, pues, una creencia aplomada y entrañable de que los hombres, cada uno de por sí, tomado aisladamente, alimenta las raíces de su personalidad en un elemento divino, que cada ciudadano posee una dignidad espiritual inalienable, la cual, por dignidad también, hemos de consentir que se manifieste y afirme libremente, en tanto no veja o acosa la dignidad de un tercero. Pues este sagrado derecho a no admitir jerarquías espirituales sobre nuestra propia alma, a sabernos jueces de nuestra conciencia y árbitros de nuestra conducta, a no aceptar opiniones ajenas que no hagan eco íntimo y veraz en el recinto último e inexpugnable de nuestro sér, todo esto, tan helénico, tan sajón, tan democrático, es la *self reliance*, la confianza en sí mismo de que nos habla Emerson. La confianza en sí mismo nada tiene que ver con la seguridad del triunfo. La confianza en sí mismo es el cumplimiento del deber, triúnfese o no se triunfe de primera intención; es la buena voluntad por la causa de la justicia y de la verdad; es, por consecuencia, la meditativa consideración de obstáculos y posibilidades antes de emprender la acción; la cautela, la serenidad, el cálculo, es poner plomo en los pies en lugar de alas en los homóplatos.

RAMON PEREZ DE AYALA

REPERTORIO BIBLIOGRAFICO

Los valores literarios

ERA de esperarse que Azorín diera a uno de sus libros el título que lleva el último: *Los valores literarios*. Excesivo para este volumen de artículos sueltos cuyos temas son a veces las discusiones (en otro lugar plausibles) sobre los toros o el duelo; más digno de una obra compacta, el título sintetiza las tendencias de la labor crítica de Azorín.

Su esfuerzo aspira a la formación o a la renovación de las *tablas de valores* en la literatura española. Representa el sentido literario de la actual generación, que cree en la necesidad de ir al pasado, pero renovando o depurando los valores tradicionales.

¿Lleva consigo este esfuerzo las condiciones de su eficacia? Quizás no todas. La crítica de Azorín, atada a la volandera forma de artículos periodísticos, ejerce influjo rápido, momentáneo, sobre el público que lee la prensa de Madrid. Y este influjo, repetido, deja a la larga un sedimento de criterio renovado en un corto número de lectores. Temo que no vaya mucho más lejos. En los inconexos volúmenes de artículos de Azorín, aunque corre un *espíritu*, falta la *organización*, el otro ele-

mento sin el cual no existe el *libro*, sólo capaz de producir revoluciones ideológicas. El efecto, aunque no se pierde, se diluye y amigora. Obsérvese la influencia de Nietzsche, y qué diferentes procesos atraviesan el que le va leyendo a pedazos, en sus volúmenes de aforismos, y el que lee desde luego un verdadero libro, como *El origen de la tragedia*: conozco más de un caso de revolución intelectual iniciada por esta obra.

Además, la crítica de Azorín es *a posteriori*. Aunque toda crítica lo sea, existe una que para el público se presenta como *simultánea* con la obra juzgada: es la de los *prólogos*. Crítica que será molesta en los libros de autores contemporáneos; pero indispensable en las ediciones de clásicos destinadas a público numeroso.

El clásico no es libro abierto para el lector que carece de cultura histórica; y la mejor forma de presentarlo es una interpretación sobria. Como son las de la biblioteca inglesa de *Everyman*. Como, sin ir muy lejos, la que trae la novísima edición de *La Galatea* de Cervantes, por Schevill y Bonilla.

Para que las ideas de Azorín sobre los clásicos españoles alcanzaran éxito definitivo, ningún medio mejor que exponerlas en prólogos de ediciones populares, como esperamos que haga con *El Crítico* de Gracián.

No solamente los prólogos: la selección de las obras que se reimpriman tiene valor críti-

co. En la formación de bibliotecas clásicas españolas ha prevalecido el desorden. Principian a apartarse de él las colecciones de *La Lectura* y de *Renacimiento*; pero mucho hay que enseñar todavía, y mucho podría enseñar Azorín: así, debe corregirse el rutinario olvido de escritores de primer orden, como Juan de Valdés y el Arcipreste de Talavera, más importantes que otros constantemente reimpresos, como Luis Vélez de Guevara. Para nuestra América, que ya necesita conocer a sus clásicos, ha acometido labor semejante, con excelente instinto crítico, Rufino Blanco Fombona, cuyas virtudes intelectuales, aunque diversas de las de Azorín, también representan el sentido literario moderno.

Tal vez Azorín ha desdeñado la necesaria y eficaz labor de las ediciones críticas, por su propia hostilidad—de intensidad variable, y más a menudo implícita que confesada—contra la erudición. Hostilidad explicable; pero injusta. Explicable, porque la erudición española anterior a don Manuel Milá y Fontanals, aunque significa trabajo enorme y digno de respeto, fué a menudo indigesta e inexacta, y no es precisamente un placer la consulta aun de los más insignes eruditos, como Gayangos o Amador de los Ríos. Pero injusta: no sólo porque la erudición española ha ganado en seguridad de método y claridad de exposición a partir de Milá y del creciente influjo extranjero,—al punto de que España

ofrece hoy, en don Ramón Menéndez Pidal, modelo de investigador sobrio y de espíritu amplio,—sino porque la erudición es el instrumento previo de la crítica; es el conocimiento exacto de las obras y de la historia literaria. Puede el erudito no llegar a crítico: entonces su papel es acopiar materiales para la verdadera crítica. Puede el crítico no ser erudito, pero está obligado a saber sacar el fruto de la investigación ajena, a saber *manejar la erudición*. Erudición y crítica deben completarse; y si se dan en un mismo escritor,—Sainte-Beuve, o Mr. Saintsbury,—mejor aún. Como tampoco se empecen crítica y creación: así en Lessing, o en Coleridge, o en Walter Pater, o en Anatole France.

La hostilidad general de Azorín contra el criterio académico, estancado en tablas de valores dignas de exterminio, es sin duda la que motiva su hostilidad contra la erudición, que en España acostumbraba ir unida a aquel criterio. Y es también la que motiva su hostilidad, inmerecida, contra don Marcelino Menéndez y Pelayo. Al romper con el mundo académico, a que *oficialmente* pertenece don Marcelino, Azorín niega al maestro. Sin advertir que este puede ser un aliado de los *modernos*, aunque parezca serlo de los *antiguos*. Blanco Fombona se muestra más avisado que Azorín al entenderlo así, como también al hacerse *editor de clásicos*, función erudita que el vulgo no espera del artista creador.

Azorín, urgido por necesidades de polémica y de oposición, no sólo ha negado a don Marcelino, sino que ha dejado de leer muchas de sus obras; sólo así se explican sus negaciones, rotundas y extremas.

Porque Menéndez y Pelayo tiene limitaciones, pero aun con todas ellas, es uno de los mayores críticos.

Azorín se queja de su estilo oratorio, la *sinfonía marcelinesca*, como solemos decir entre amigos; pero, ¿por qué se niega a ver que ese estilo fué templándose con los años? ¿No leyó las declaraciones del maestro en el nuevo prólogo a la *Historia de los heterodoxos españoles*? ¿No ha leído, por ejemplo, el sobrio discurso en memoria de Milá?

Dirá Azorín: templado y todo, conserva la orientación *fundamental* hacia la *elocuencia*. Y bien: ¿por qué hemos de rechazar *siempre* el estilo *elocuente*? Es excelente cosa escribir como Marco Aurelio; pero ¿no tuvo Cicerón derecho de escribir? ¿Confundiremos la elocuencia de Menéndez y Pelayo con la insoponible retórica que suele multiplicar sus frondas en los parlamentos? Si en ocasiones fatiga el estilo del maestro, o el arrastre verbal le lleva a la inexactitud, no pretendamos declarar que esto sucede siempre: ni siquiera predomina.

Azorín no sólo se queja del estilo, que es la contra posición del suyo propio. Su censura principal es para la crítica, que el estima aca-

démica. Para mí, el criterio académico es el que concibe el arte como artificio y lo somete a un conjunto de reglas fijas; reglas que históricamente se derivan de las postrimerías del Renacimiento y son interpretaciones de los procedimientos artísticos de la antigüedad: falsas, cuando se refieren a Grecia; menos falsas, cuando se refieren a Roma, el primer país de tendencias académicas.

Y como empecé por conceder, sigo concediendo que en Menéndez y Pelayo haya influido el sistema académico, el espíritu del siglo XVIII español. Es más: aunque su criterio pasó rápidamente del formalismo de la preceptiva a la síntesis estética, nunca rompió por completo con la retórica. Nadie como él hizo burla de los ridículos excesos en que cayó la preceptiva académica del siglo XVIII en España: al hablar de las polémicas de Hermosilla y otros personajes de aquella época de gusto lamentable, D. Marcelino se vuelve hasta humorista. Y sin embargo, leyendo su exposición de las ideas de Lessing se advierte que no se atrevió a romper—acaso no sintió el problema—con la teoría fundamental de la retórica, la teoría de las *reglas*. Concedamos todavía más a Azorín: Menéndez y Pelayo no se propuso renovar los valores literarios, y a veces, sobre todo en su primera manera, dejó intactas valuaciones notoriamente equivocadas. Por último, aunque atenuó mucho, nunca perdió del todo, con relación a cosas de

nuestro tiempo, sus actitudes de clásico y de católico, y, con relación a la América, su actitud de español.

Todo esto puede concederse a paladinas, y aún nos queda un Menéndez y Pelayo crítico de primer orden. Distíngase, desde luego,—cosa que no hacen sus admiradores incondicionales ni tampoco sus detractores—entre el primero y el segundo período de su obra, no contradictorios, pero sí diversos. En el primero, el de *La ciencia española*, de *Horacio en España*, de los *Heterodoxos* primitivos, aparece un escritor demasiado polemista, no poco oratorio y a ratos académico en sus gustos. En el segundo período, el de la *Historia de las ideas estéticas*, el de la *Antología de poetas líricos castellanos*, el que terminó gloriosamente con los *Orígenes de la novela* y el principio de refundición de los *Heterodoxos*, aparece el verdadero crítico, el guía más seguro para las letras españolas.

Poco importa que nunca rompiera de modo terminante con la retórica: nadie osará afirmar, leyéndolo, que sus juicios son de retórico. Como los méritos literarios no se prueban por razonamiento, sólo cabe proponer ejemplos de su alto sentido crítico: en las *Ideas estéticas* (obra tan elogiada por Saintsbury, por Benedetto Croce, por Farinelli, pero que Azorín nunca cita), los juicios sobre Víctor Hugo, o sobre el estilo de Chateaubriand, o sobre el *Hermann y Dorotea*; o con relación

a España, la interpretación del *Quijote*, que coincide en puntos con la de Azorín y contiene ideas renovadoras, como las relativas a Sancho; o con relación a América, sus opiniones sobre Bello.

La acusación de falta de espíritu renovador tiene fundamento sólo aparente. Menéndez y Pelayo no se propuso renovar, pero de hecho renovó. Es tan escasa y pobre la crítica de las letras clásicas españolas antes de él, que rara vez hubo de apoyarse en opiniones ajenas. En su primer período tendió a aceptar los trabajos anteriores, cuando existían; poco a poco fué libertándose de ellos, y acabó por no mencionarlos,—así con los de Amador de los Ríos,—o por atacarlos francamente, como al *Alarcón* de Luis Fernández-Guerra. ¿No hay ataques a la crítica convencional en el libro sobre Calderón, que Azorín aplaude, aún siendo de los antiguos de su autor? En muchos otros casos, sus opiniones no sólo renovaron valores, sino que los establecieron. ¿No es crítica creadora de valores la que hizo sobre el Arcipreste de Hita? ¿Sobre Gil Vicente? ¿Sobre Boscán? ¿Sobre el Obispo Guevara? ¿No es muestra de amplitud admirable su discurso sobre Pérez Galdós?

Menéndez y Pelayo es el único crítico que puede servir de guía para toda la literatura española, y representa el criterio más amplio antes de nuestro siglo. Milá sólo estudió porciones de historia literaria. Wolf hizo no po-

co, pero ni toda su labor es crítica, ni es tan vasta, ni tan rica en apreciaciones como la de Menéndez y Pelayo. De los otros críticos y eruditos anteriores a él, o contemporáneos suyos, no hay para qué hacer memoria; o son notoriamente inferiores, o sólo hicieron trabajos parciales. De los últimos es *Clarín*, que representa el tránsito hacia los nuevos rumbos críticos.

La diferencia principal entre la crítica de Menéndez y Pelayo, y la que Azorín propone y muestra, proviene quizás de que aquella ve la obra literaria en perspectiva histórica, en valor tradicional, y esta la ve como fuente de gustos y experiencias *individuales*, actuales. Menéndez y Pelayo, con su actitud de historiador, se creó obligado a conceder igual estudio a Gracián, que todavía nos enseña, y al P. Mariana, que poco nos dice hoy. Azorín se contenta con prescindir de Mariana.

Pero sin la historia literaria de Menéndez y Pelayo no habríamos llegado a la crítica *individualista* de Azorín. Y bien podemos conservar las dos. Ambas nos hacen falta.

Reconózcase, ahora, que Azorín trae un sentido nuevo al entendimiento de las letras españolas. No es lo que vulgarmente se llama *impresionismo*. No es escéptico, sino afirmativo. Es una especie de *individualismo*, enemigo de las fórmulas acumuladas, abstracciones que tienden a quedarse vacías por el uso; se

dirige a la obra sin prejuicios, y en lo posible sin preconceptos, y la estudia como cosa individual y concreta, libremente, interpretándola por las enseñanzas que ofrezca en *experiencia humana* y en recursos literarios. La historia misma se contempla de modo personal. Los procedimientos de selección y de síntesis, necesarios a toda historia y a toda crítica, los aplica Azorín a sorprender nuevos aspectos y a ensayar síntesis nuevas.

El ha introducido, por ejemplo, el elemento de la sugestión o de la asociación inesperada. Así cuando habla de la extraña *ligereza* de D. Esteban Manuel de Villegas, y aun nota, de paso, el realismo de aquel súbdito: *No quiero*, del rústico que roba el nido en una cancioncita del poeta. Cuando reconstruye la psicología, de emociones temblorosas, de San Juan de la Cruz. Cuando traza el *retrato imaginario* de Don Juan Manuel. Cuando al hablar de la segunda parte del *Quijote* (la preferida también por Menéndez y Pelayo, la preferida por nuestro siglo), evoca los grises de Velázquez y aun los dos sorprendentes cuadros de la Villa Médicis: de estas intuiciones necesitaba la crítica española.

Y también necesitaba rectificaciones como la excelente que toca a Don Juan Valera; como la que toca a los ditirambos de Cejador.

Próximo a terminar, he recibido, en admirable coincidencia, cartas de amigos, hispanistas jóvenes, que hablan de Azorín. Uno,

desde París, dice: "Azorín completa nuestro entendimiento de cosas de España. Vivíamos demasiado exclusivamente bajo la influencia de D. Marcelino". Otro, desde México: "Artículos admirables: sobre Don Juan Manuel; sobre Hita...Pero a veces habría que acordarse de Gracián: "No dar en paradoxo por huir de vulgar". Otro, el más entusiasta: "Muchos hombres como Azorín necesita España. Aceptemos que en crítica literaria podrá no ser demasiado ecuánime, por reacción contra los Gil y Zárate que han existido, pero nadie puede negar que hace pensar...No vive en el mundo abstracto, donde todo se va volviendo símbolo de *ahorro de esfuerzo*; donde para vivir se ahorra la vida en abstracciones: vida algebraica en que las personas no se entienden...La crítica de Azorín como fundamento de un pensamiento español...."

Los tres no dirán lo mismo; pero sí vienen a dar en esto: que tenemos en frente a nueva fuerza crítica de las letras españolas.

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

Habana, julio de 1914.

(*El Figaro*. Habana.)